

jeran ni á la moral, ni á la industria, ni al comercio, ni á las artes ventaja alguna (1).

El Piamonte y la Toscana habian ya caido, como acabamos de ver, antes de la intervencion europea en los asuntos de Roma.

NÁPOLES Y SICILIA.

El reino de Nápoles veia pujante su hacienda y en el camino de rápido progreso su industria. Bajo la égida de un soberano, amigo verdadero de su patria, los napolitanos disfrutaban en paz las prerogativas que el cielo benéfico les otorgó. Desde el arreglo europeo establecido sobre la caída de Napoleón, no habia sufrido ningun grave trastorno el reino de las Dos Sicilias.

Las sociedades secretas hubieron de trabajar con suma cautela para conseguir que fecundara la semilla de la insurreccion en una tierra en donde el pueblo, satisfecho con la providencial ley del trabajo, solo aspiraba á disfrutar tranquilamente de las delicias de la allí tan próspera naturaleza.

Sin embargo, sobre el año 1844 empezaron á traslucirse los frutos de la secreta propaganda. El cetro de *la Italia entera* fue ofrecido á Fernando II por una comision de agentes de *La joven Italia*. El apoyo de un Monarca inteligente y querido era de incalculable valor para la causa revolucionaria; así es que los clubs se manifestaron generosos en alto grado con Fernando.

(1) Hé ahí el resumen de una parte de las inmensas cantidades derrochadas por los que se confirieron á sí propios la mision de redimir la Toscana:

Por gratificaciones dadas á los amotinadores en los ciento sesenta y ocho dias del régimen provisional. . . . .	748,000 rs.
Á Nicolini, en 8 de enero de 1849 y 13 de febrero siguiente, para gastos secretos. . . . .	12,000
Á La Cecilia, enviado á París á trabajar en la propaganda. . . . .	4,000
Á Luis Barbanera, para gastos secretos. . . . .	160
Á Andrés Romeo, enviado á Turin á la propaganda. . . . .	11,200
Á Bautista Maggini, sacerdote que andaba de mision por las provincias, y fue fusilado en Liorna (en marzo y por un mes). . . . .	600
Al coronel Forbes, guerrillero al principio en Sicilia y luego oficial de Garibaldi (en marzo de 1849). . . . .	2,400
Á Enrique Redi, cabeza de motin. . . . .	600
Á Clemente Busi, para gastos secretos (en 27 de noviembre de 1848). . . . .	2,000
Al Dr. Carlos Pigly, gobernador de Liorna, para pagar á veinte ciudadanos armados y encargados de vigilar á todos los sospechosos de estar en relaciones con el gran Duque (en 17 de febrero de 1849). . . . .	2,000
Al secretario del mismo gobernador, para gastos menudos. . . . .	12,000
Al comandante de batallon Petrachi, que habia sido cartero, para pagar los sueldos de su columna armada. . . . .	7,500
Al comandante de batallon Guarducci, para gastos de los voluntarios que salieron armados para Reggio á insurreccionar aquel país (en 24 de febrero de 1849). . . . .	15,000
Al Dr. Pigly, gobernador, para un negocio importante (en 28 de febrero). . . . .	100,000
Al secretario del mismo, para la ejecucion de las órdenes presentes (en 1.º de marzo). . . . .	100,000
Á la casa de Adami, de Liorna, para sostener la república. . . . .	6,086,755
Nótese que quien daba la orden de pago á la casa de Adami, del comercio de Liorna, era el ministro de Hacienda Adami.	
Á Luis Frappoli, coronel improvisado, enviado á París á la propaganda revolucionaria, y diputado en Roma y Turin á un mismo tiempo. . . . .	800,000
Á Montanelli, en oro y letras de cambio sobre París, para sus necesidades particulares. . . . .	80,000
En cuanto al ministro de Negocios extranjeros Mordini, como presentia su derrota, habia mandado á París para sus gastos personales. . . . .	2,000,000

Empero cristiano de corazon, y por lo tanto profesando severos principios hasta respecto á la moral política, aquel Monarca contestó á los misteriosos emisarios una palabra que será pépetua auréola á su memoria: «Dios ha dicho, y yo acato la palabra de Dios: *No codiciardis los bienes ajenos.*»

Esta contestacion, que glorifica los labios que la profirieron, es y será un baldon pépetuo para la miserable dinastía que ha pisoteado este santo lema, principio del órden y de la paz, sentados en la justicia.

Los anarquistas, convencidos de la imposibilidad de conquistar el corazon del Soberano, empezaron sus preparativos de rebeldía. Sus campos predilectos fueron los Abruzzos y la Calabria. Ensayos estériles, pues no estaba preparado para cosechar insubordinacion un país que comprendia instintivamente que la revolucion solo podia proporcionarle la ruina.

El espíritu público sofocaba las insurrecciones en su primer período; Nápoles era el baluarte de granito de la fidelidad.

Convínose en la necesidad de recurrir á una propaganda mas activa. En 1845 escogió *La joven Italia* el pretexto de la celebracion de un *gran congreso científico* para emitir á la luz del dia teorías sociales que solo hasta entonces se desenvolvian protegidas por las tinieblas de la noche.

Los programas de *independencia y unidad* se presentaron rodeados de los atractivos de una elocuencia astuta y calculada; no faltaron incautos que sucumbieron al canto de las sirenas políticas, y que creyeron en la posibilidad de obtener mayor bienandanza debajo los pliegues de la roja bandera.

El congreso científico fue mas bien una asamblea política vergonzante.

En 1847 la famosa protesta atribuida á Settembrini vino á consternar el ánimo de los hombres pacíficos y á encender las pasiones de los amigos de aventuras.

El Rey y su Gobierno eran descritos en ella como tiranos del pueblo, y mantenedores de la ignorancia y envilecimiento.

La lectura de aquel folleto hizo posible la nueva insurreccion de la Calabria, acaudillada por Domenico Romeo. El grito de los sublevados lanzado el 2 de setiembre de dicho año fue: *¡Viva Pio IX; viva la Constitucion; viva el Rey!*

El levantamiento de los descontentos de la Calabria tuvo eco en Mesina; empero la atmósfera general no se habia contagiado aun; á la primera resistencia sería los insurrectos se dispersaron (1).

Tenia el Rey un ministro infatigable y de lealtad probada, llamado Santángelo, en cuyas manos reunia las riendas de todos los departamentos de la gobernacion del Estado. Ministro cuási universal, gracias á su talento y experiencia, dominaba completamente los negocios, que impulsaba con vigor, favorecido por la unidad de accion.

Los adversarios del sistema gubernativo consiguieron decidir al Rey la formacion de otros ministerios, para descentralizar el poder y compartirlo entre varios sujetos fieles. Fernando II creó las carteras del *Interior*, de la *Instrucion*, del *Comercio* y de *Obras públicas*; el ministro Santángelo tomó como un

(1) En aquel tiempo el reino de Nápoles era el mas próspero de Europa. La deuda nacional ocasionada por los sucesos de 1820 se hallaba enjugada por completo; los trabajos públicos tomaban cada dia mas pronunciado incremento; los recursos del Gobierno eran sobrantes, de modo que por propia iniciativa el Rey suprimió las contribuciones que mas directamente afectan á los indigentes, como son la de la sal y la alcabala de los granos.



desaire estas subdivisiones de la administracion pública que él en sí reunia, y presentó humilde y lealmente su renuncia.

El alejamiento de una persona de las cualidades de Santángelo fue un quebranto para la causa de tan combatida monarquía.

Los sujetos llamados para ejercer la administracion del país llegaron con ideas y proyectos completamente nuevos; empezó á correr por las oficinas del Estado la palabra *reformas necesarias*, y á disminuir en consecuencia el respeto á las antiguas costumbres administrativas; aumentóse el personal dependiente de los ministerios, y por lo tanto nacieron entre los empleados ambiciones diplomáticas que mas tarde habian de ser mañosamente por los anarquistas explotadas.

Hubo quien en las altas regiones empezó á hablar de la urgencia de un cambio de política y de la necesidad de secundar el movimiento emancipador del resto de Italia.

Un grave tumulto explotó en Nápoles á mediados de noviembre; la consigna era gritar: ¡*Abajo el ministerio de Policía; retírese el confesor de S. M.!*

El 12 de enero de 1848 Palermo respondia á las excitaciones de la capital del reino.

Sicilia tenia mayor cantidad de combustibles para sostener el incendio de las pasiones anárquicas y rebeldes. No solo estaba minada por *La joven Italia*; tambien *La vieja Inglaterra*, representada por hombres astutos como lord Edgumbe, aflojaba cautelosamente los lazos de suave dependencia de la Sicilia con Nápoles, para que emancipada aquella fuese mas posible su anexion á la Gran Bretaña, hecho que era otro de los sueños políticos de lord Palmerston.

El movimiento de Palermo fue una verdadera y solemne revolucion dirigida por expertos maestros en tan difícil arte. Lo primero que procuraron los atrevidos caudillos fue asegurarse de la complacencia de los jefes napolitanos y realistas. Desanget, general en jefe del ejército expedicionario, y el duque de Majo, gobernador de Palermo, se entregaron á la mas incomprensible inaccion. Dueños de un ejército aguerrido y disciplinado, contemplaron, arma al brazo, como engrosaban las filas de los insurrectos, y presenciaron con la mayor sangre fria como se abrian las puertas de las cárceles á trece mil criminales que recibian el perdón en cambio de aceptar un fusil para la defensa de los derechos del pueblo, segun decian. El gobernador Majo abandonó la ciudad, y el general Desanget el campo, encaminándose con sus fuerzas á Mesina.

Palermo fue precipitado al abismo de la anarquía; el palacio real fue saqueado con frenesí; rasgados los cuadros mas preciosos; hechos añicos sus muebles riquísimos; arrancados los mosaicos históricos de algunos pavimentos: las casas de los servidores adictos al Rey fueron invadidas, saqueadas; las estatuas de mármol del paseo principal, que representaban á los soberanos de Nápoles, arrojadas al suelo y mutiladas; casi todos los individuos de la policia se vieron inmolados por el puñal vengador.

Enormes desgracias que de seguro no acontecieran á no haber abandonado sin precaucion alguna la ciudad los que tenian estricta obligacion ante Dios y los hombres de salvarla, y á ser mas enérgicas y dignas las personas que constituian el Gobierno provisional.

En efecto, Ruggiero Settimo y Mariano Stabile carecian de suficiente magnanimidad para resistir el tempestuoso oleaje del pueblo que les habia entro-

nizado; no se sentian bastante fuertes para combatir, conociendo cuán terribles son las masas en los momentos de su desencadenado furor.

La Sicilia entera secundó el levantamiento de Palermo, y la revolucion creyóse con motivo triunfante.

El éxito de la empresa siciliana encorazonó á los napolitanos. Las huestes calabresas se lanzaron de nuevo al campo, y todo el reino, en el que habian fructificado ya las máximas de independencia, ardió súbitamente. La agitacion crecia por momentos, y como quiera que los revolucionarios debian concretar de una manera ó de otra sus aspiraciones, formuláronlas exigiendo:

- 1.º La destitucion de Mons. Coclé, confesor del Rey.
- 2.º El destierro del marqués Delcaretto, ministro de Policía.
- 3.º La proclamacion de la independencia italiana.

El Rey deseaba complacer los deseos del pueblo verdaderos y justos; empero ¿reunian ambas condiciones los votos anunciados? ¿Era el pueblo, ó la chusma popular la que reclamaba? Despues de muchas vacilaciones Fernando II consintió en destituir á su Confesor y alejar de la patria á su Ministro.

El Rey se declaró en retirada.

Los grandes acontecimientos se acercaban.

En agradecimiento á la destitucion de su confesor y de su ministro organizóse por los mazzinianos una ruidosa manifestacion. Inmensa muchedumbre ocupó la calle de Toledo agitando banderas nacionales, y aclamando vigorosa la *independencia nacional*, la *constitucion del Estado*. La demostracion, que en un principio no salia de la legal circunferencia, tomó luego un color mas subido, y los gritos de *Viva la constitucion del Estado* se convirtieron en aclamaciones á la república.

El orden fue gravemente turbado con aquel motivo en la capital, de modo que para restablecerlo hubo de desplegarse un imponente aparato de fuerzas.

Acontecia esto el dia 27 de enero de 1848.

Aquella noche de vértigo popular lo fue tambien de agitacion palaciega; repetidas diputaciones se acercaron al Rey poniéndole á la vista el cuadro triste que presentaba á la sazón Sicilia y Nápoles, los progresos de los insurrectos, la falta de confianza en la solidez del *Statu quo*, el presentimiento que embargaba los ánimos de que era necesario abrir un nuevo horizonte al pueblo; todos los discursos terminaban aconsejando al Rey diera una constitucion.

Fernando II convocó el Consejo para adoptar una resolucion definitiva. La atmósfera estaba ya completamente confeccionada á gusto de los reformistas; á cada minuto, dice el conde de Arlincourt, llegaban á palacio mensajes y partes alarmantes por el estilo de los que el general Maison dirigia á Carlos X.

«¡Señor! la capital se halla en plena insurreccion: mañana será entregada á sangre y fuego; ya no hay resistencia posible.

«¡Señor! los ingleses se declaran en favor de *La joven Italia*, y hablan de bombardear á Nápoles.»

«¡Señor! en el ejército se nota ya el espíritu de sedicion; las tropas están resueltas á no defender la Corona.»

«¡Señor! todas las Calabrias se han sublevado, y vienen sobre Nápoles treinta mil hombres.»

«¡Señor, que pelagra vuestra existencia!... Inminente es la catástrofe; los



puñales están ya sobre vuestra cabeza. ¡Por los cielos! no mas plazos. Una constitucion, ó todo está perdido.»

Fernando II accedió á otorgar una ley fundamental, encargando al Ministerio la redaccion de la misma. Formaban entonces el Consejo de Ministros Serra Capriola, el baron Bonnanni, los príncipes Dentice y Torella, Scovazzo, Cianculli y el mariscal Garzia.

La noticia de la condescendencia del Rey dió márgen á una nueva y mas ruidosa manifestacion; la muchedumbre alborozada se dirigió á palacio pidiendo saludar al Monarca; Fernando II salió á caballo y recorrió las principales calles de su ciudad.

Hé ahí la descripcion que en la *Italia roja* el autor que acabamos de citar hace de aquel paseo real; dos cuadros se destacan en la curiosa reseña que va á leerse, en cuya comparacion resalta la diversidad de espíritu reinante en las masas trabajadas por la artificial política, y del que domina al pueblo llevado por sus espontáneos sentimientos.

En la calle de Toledo y en el Mercado de Nápoles se exhibieron en aquel dia simultáneamente las dos fisonomías del pueblo, la natural y la artificial; á pocos pasos de distancia se oía la expresion de dos épocas diferentes; en el Mercado la época del respeto y de la tradicion, en la calle de Toledo la de la incertidumbre y de las aventuras.

Al salir el Rey de palacio junto con sus príncipes, algunos guardias de corps consiguieron abrirles paso entre la muchedumbre compacta; la calle de Toledo se habia empavesado en su totalidad; en ella tenian su cuartel general los *Fratellos*, llamados por otro nombre mazzinianos, quienes animaban con su actividad y entusiasmo el ardor público.

Hé aquí algunas de las voces proferidas por aquel centro demagógico enmascarado:

«¡Viva el Rey; viva la Constitucion; viva Gioberti; viva Romeo; viva Mazzini; viva Pio IX; viva Toscana; viva Mamiani; viva Carlos Alberto; vivan los Bandieras; vivan los ingleses; viva Ciceracchio!»

Todo esto y lo restante hubiera podido traducirse y resumirse en tres palabras: ¡Viva la república! Pero la extravagancia no habia llegado aun á su apogeo.

Entre tanto, en otros barrios de la ciudad oíanse otros clamores enteramente opuestos: ¡Viva el Rey; viva Dios; viva la Madona; viva san Javier; viva la real familia! ¡Qué de confusion! ¡qué espectáculo!

Revisemos ahora la calle de Toledo.

Allí cada ciudadano del partido, rebozándose en un traje llamado patriótico, se presentaba con diversas formas. Algunos llevaban los colores nacionales sicilianos, belgas, franceses, lombardos y piemonteses, luciendo en unas como mantas tricolores, que los envolvian de piés á cabeza. Muchos no variaban sino los colores de la parte superior del cuerpo, mientras otros preferian adornar la inferior. Como cada revolucion y cada país tiene sus opeles y sus insignias, todos los emblemas reunidos fueron alegremente adoptados para aquella solemnidad radical, ó, mas bien dicho, para aquellas carnes-tolendas constitucionales en que el delirio se disfrazaba en gozo.

Veíanse algunas calesas en que iban hombres de pié con una bandera tricolor tan gigantesca, que emparejaba con el tercer piso de las casas; mientras que chicuelos sentados á su rededor agitaban banderolas como abanicos.

«Aquí tres franceses, en un coche, simulaban su insignia nacional del modo siguiente: uno tenia una bandera roja de anchura desmesurada; otro llevaba otra igual azul, y la del tercero era blanca.

«Aquí se veía á un rico propietario, elegantemente vestido, estrechando contra su pecho, tiernamente á un pobre lazzarone cubierto de andrajos. El revés de esta medalla estaba en otras carrozas, donde el pobre, habiendo cambiado de papel, estrechaba con la misma ternura al rico. Así habia reciprocidad de cariños.

«Saludaban á cada una de estas delirantes comparsas fervorosos aplausos: y mientras que en las masas, unos, con cierta seriedad que tiraba á sublime, gustaban de las pantomimas graves; otros, haciendo burlescos ademanes, se reian de todo á carcajadas.

«Así jugueteaba y se divertía la revolucion de Nápoles. Mas ¡ay! estas bufonadas en plaza pública y esta desvergüenza al aire libre precipitaban al Estado hácia su ruina.

«El Rey, continuando en recorrer su capital, habia dejado la calle de Toledo, cuartel de la Italia roja, para entrar en el Mercado. Aquí la escena iba á cambiar de aspecto; era la medalla vuelta: el Monarca estaba en medio de su pueblo.

«Los marineros, los pescadores, los jornaleros, los revendedores al menudeo, los hortelanos, los lazzarones... todas estas clases de la sociedad que los revolucionarios llaman *canalla* cuando las ven fieles á la Religion y al trono, acudieron asustadas hácia el Rey. Habian oido decir que Fernando II, al cambiar las antiguas leyes del país, habia tenido que ceder á la violencia; y como no comprendian qué significaba aquella constitucion improvisada, que repentinamente habia surgido del estiércol de la insurreccion como yerba venenosa, se figuraron, inspirados por su apasionada fidelidad, que su príncipe era víctima de las facciones; que estas le empujaban hácia el abismo, y que su vida misma corria riesgo. Así fue que inmediatamente resonaron estos gritos espontáneos: ¡Muera la Constitucion; Viva el Rey; Fuera los enemigos de Dios!

«Majestad, á tí solo queremos, en nadie mas confiamos.

«Majestad, desconfía de los traidores que te rodean.

«¿Necesitas apoyo? Aquí estamos.

«¡Vivan Dios y el Rey!

«Majestad, nosotros somos cien mil valientes contra un puñado de falsos hermanos.»

«Fernando se sintió conmovido al oír la espontánea manifestacion de cariño popular, hasta el punto de haberse visto brillar en sus mejillas una lágrima sentimental.»

El trono napolitano se encontraba, pues, entre dos impetuosas corrientes; la de los sentimientos tradicionales de su pueblo y la de los intereses de los políticos industriales, esto es, soplaban sobre su corona dos opuestos vientos, el de la calle de Toledo y el del Mercado.

Las bases de la Constitucion futura, anunciadas el dia 29 de enero, eran:

«1.ª El poder legislativo ejercido por el rey y las dos Cámaras. Los diputados nombrados por el pueblo, segun censo establecido. Los senadores nombrados por el monarca, segun su voluntad soberana:

«2.ª Religion católica, única reconocida por el Estado:



- «3.º Trono inviolable, hereditario, irresponsable y sagrado:
- «4.º Ministerio declarado responsable:
- «5.º Organización de la guardia nacional:
- «6.º Ejército y armada á las órdenes del rey:
- «7.º Libertad de imprenta, con restricciones para defender la Religión, la moral y el reposo público; para reprimir los ultrajes al Rey, á la real familia y á los soberanos extranjeros, y para salvar los intereses de cada cual de los ciudadanos.»

El desarrollo de estas bases fue confiado á Cícero Paolo Bozzelli, antiguo secretario del general Pepé; carbonario como él, fue proscrito por causa de perturbación del orden público; regresado á su patria por la munificencia del Soberano, continuó en amistosas relaciones con los hombres mas influyentes de la demagogia. Esta circunstancia le hizo recomendable al Monarca, que necesitaba un lazo de union entre él y ciertas capas sociales, hasta á las que, á pesar de su modestia indisputable, S. M. no habia descendido.

Bozzelli fue nombrado luego primer ministro.

La Constitucion fue promulgada á principios de febrero (1), jurándola solemnemente el Rey el día 24 de aquel mes en la iglesia de Padres Mínimos.

Entre las demostraciones de regocijo hubo una que advirtió ya al Soberano que no estaban todavía calmadas las aspiraciones de los anarquistas.

En la noche del 28 de febrero una numerosa procesion, compuesta de jóvenes estudiantes y mercantiles, recorrió las principales calles de Nápoles, precedida de una compañía de guardia cívica, acompañando el carro piramidal de *Mammona*, tirado por seis bueyes blancos con cuernos gigantescos.

El carro representaba un inmenso mausoleo, en cuyas cuatro caras estaban inscritos los nombres de los insurrectos republicanos fallecidos en 1799. Al llegar aquel original cortejo á la plaza Real estalla un nutrido grito de: «¡Viva la Sicilia!»

Victorear la Sicilia á las puertas del palacio del Monarca napolitano y á la sombra de un panteon levantado en loor de la república, significaba bien qué direccion se pretendia dar á los negocios políticos.

No tardó en penetrar en el Ministerio el elemento mazziniano; Carlos Poerio y Salicetti, que despues fue triunviro en Roma, obtuvieron importantes carteras.

Como era de temer, pronto los alborotados tribunos fijaron sus siniestras miradas en la Compañía de Jesús, cuyos Padres en Nápoles, como en toda la Italia, se consagraban con brillante éxito á la educacion de la juventud y á la moralizacion del pueblo.

Ruidosas demostraciones tuvieron lugar al grito de «Abajo los Jesuitas,» empero el santo Instituto gozaba tan merecida honra y general popularidad en la tierra napolitana, que el Gobierno no se atrevia á formular el decreto de proscripción.

Los caudillos del movimiento organizaron un gran tumulto que explotó el día 9 de marzo, exigiendo la dispersion de los Padres; mas estos, aunque resignados, quisieron dejar á salvo su honra, y refutar á todas luces las calumnias que contra ellos se levantaban; á este fin extendieron una protesta en la que declaraban que, «á pesar de no tener en su conciencia remordimiento de ninguna falta política ó social, exigian se les juzgara antes de partir, así como

(1) El 29 de enero fueron anunciadas sus bases.

se aceptara por el Estado una rendicion de cuentas para que á todos quedara de manifiesto su pobreza.»

Precisamente este ingénuo proceder y noble conducta de la Compañía era la principal causa del odio que sus adversarios contra ella abrigaban; urgia, pues, bajo el punto de vista revolucionario, que la dispersion se anticipara á la manifestacion de estos nobles deseos de los Jesuitas. Tan digna actitud hubiera colmado la popularidad de los hijos de san Ignacio.

Sin atenerse á procedimientos legales, ni fijarse en escrúpulos, los instigadores lanzaron las turbas sobre el establecimiento de Jesús, y la causa fue concluida.

Las personas honradas mas visibles abandonaron aquel país, convertido en un volcan moral. El pueblo se lamentaba de la tiranía que sobre él ejercian algunos hombres oscuros y desconocidos, sin amor á las tradiciones, ni temor á la historia. La persecucion injustificada del clero exacerbaba los ánimos piadosos que formaban la mayoría, y cuando entendieron que se trataba de aplicar el hacha destructora á la imágen de una *Madona* querida, las turbas se levantaron unánimes, colocándose en actitud de decidida defensa. La fe armada impuso á la incredulidad audaz.

El ministerio Bozzelli empujado por elementos más enérgicos cae, y sobre su tumba Salicetti escribe el siguiente programa:

El pueblo quiere: 1.º Plenos poderes á la Cámara de los diputados para hacer la Constitucion sobre bases mas democráticas.

2.º Reforma de la ley electoral, sin exigir nada de renta para el ejercicio del derecho de sufragio.

3.º Comisarios extraordinarios que trabajen en la educacion democrática del país, y en la desaparicion de las administraciones municipales, provinciales y centrales, constituidas segun el antiguo sistema.

4.º Nombramiento de tres comisarios encargados de ponerse de acuerdo con los romanos para la formacion de la *Confederacion italiana*.

5.º Reforma de todo el personal civil, judicial y militar.

6.º Salida inmediata del ejército para la guerra de la Lombardia.

La situacion era tan espantosa, que nadie se atrevia á heredar las carteras abandonadas por el ministerio Bozzelli. Era aquel Estado un bergantin falto de timon arrojado á las olas, y convertido en su constante juguete.

Los jefes de la milicia ciudadana elevaron al Rey una exposicion pidiéndole con insistencia pusiera término á aquel horrendo caos: «Señor, decia, la capital se halla atemorizada, y en desorden las provincias. Nadie sabe qué hacer, ni qué recelar. El comercio en su agonía gime en completa parálisis; los negocios nulos. Ni el propietario cobra sus rentas, ni el Gobierno sus tributos, ni tienen los jornaleros trabajo ni pan; ¡señor, dadnos por gracia un Ministerio!»

Empero, ¿dónde encontrar ministros? ¿Quién es capaz de arrojarse á las olas embravecidas, en el delirio de su furor, para salvar el desmontado bergantin?

El Rey habia cobrado horror al programa de Salicetti, y se manifestaba resignado á todo antes que aceptar por ministro á su autor.

Finalmente, el día 3 de abril Fernando II aceptó una transaccion entre la democracia constitucional y la república demagógica, pues no era otra cosa